

Portales

Yanira paseaba por el bosque, el lugar que más le gustaba en el mundo.

Era su decimoquinto cumpleaños, ese debería ser un día feliz para ella. Sin embargo, no lo era.

Su mente vagaba por recuerdos pasados. Hacía ya ocho años que sus padres fallecieron en extrañas circunstancias. Desde entonces, vivía con su abuela Miriam, una buena mujer de unos setenta años, de mirada sabia y pelo gris corto, con alegres bucles siempre perfectos.

Miriam iba a intentar darle una pequeña fiesta sorpresa a su vuelta -a la que, por supuesto, sólo acudiría ella y tal vez su viejo perro, si casualmente decidía levantarse de su amplio cojín-. Ella había visto la tarta de chocolate escondida en la nevera, y encontró una pila de cinco o seis regalos, envueltos en papel de colores chillones, en la balda superior del armario de su abuela.

Y por eso mismo no tenía ganas de volver todavía. No se veía capaz de fingir una sonrisa sincera, abrazar a su abuela

dándole las gracias, y luego encima soportar toda una tarde de felicitaciones, música y dulces, porque tendría que actuar como si se lo pasara bien, y no era tan buena actriz. Su abuela acabaría notando la farsa y se entristecería. Suspiró resignada. La historia se repetía todos los años: sus cumpleaños siempre eran tristes.

Además, su abuela, una mujer de energía increíble, no pararía de intentar hacer ella sola el papel de todos los invitados que no vendrían. La joven acabaría sintiéndose culpable por darle tanto trabajo, pues Miriam estaba mayor y era probablemente la única persona que la quería en el mundo. No culpaba a los demás por no apreciarla. Desde la muerte de sus padres, Yanira se había convertido en una chica solitaria, aislada e independiente. Ya nunca quiso tener amigos y se volvió una persona de pocas palabras.

Pero ella tenía su secreto. El de sus amigos verdes que empezaban a engalanarse con frutos y flores por aquella época. Por eso iba a menudo al bosque, un extenso pulmón a las afueras de una ciudad gallega.

El único sitio donde mantenía conversaciones y tenía amigos era ese lugar. Su mejor amigo era un enorme y viejo roble. Se llamaba Salbof.

Salbof no era precisamente bromista, ni reía a menudo. No le gustaba que le interrumpieran; era un anciano a sus trescientos años de edad. De él no se podían esperar chistes, ni sonrisas, abrazos o juegos. Entonces... ¿cómo habían encajado una niña y él? Resultó sencillo. Ella era una niña atenta, curiosa y educada. El árbol daba buenos consejos, siempre se podía contar con él si se necesitaba ayuda, pero sobre todo, sabía historias. Infinidad de historias que habían ocurrido en ese claro del bosque durante tres siglos. Las había de amor, de guerra, de niños, de animales, de huidas de jóvenes enamorados, de caídas, tormentas, gente perdida, cosas curiosas... ¡De todo!

Incluso sabía muchas leyendas que había oído a personas que iban por allí de acampada, de picnic...

Y Yanira adoraba escucharle. Él jamás repetía una, y siempre la sorprendía. Así era su amistad.

Ese día fue muy distinto a los demás. La joven llegó a un pequeño claro en el límite del bosque, en el cual conocía a casi todas las flores silvestres. Las que mejor le caían eran Lil, una flor diminuta y lila; Sas, una bastante grande y roja y Lol, una multicolor y especialmente cotilla. De vez en cuando se pasaba por allí para charlar. Y así empezó todo.

Yanira estaba hablando tranquilamente con las flores silvestres:

- ... pues sí – estaba diciendo Sas – he enviado a mis hijos a tres metros de aquí, a una zona de tierra bastante buena que me han recomendado.

- Qué bien... – murmuró la chica distraída. Ese día no era capaz de prestar atención a las frívolas conversaciones de las flores. Sus pensamientos eran mucho más profundos en esos momentos. De lo que en realidad tenía ganas era de acudir a Salbof y contarle lo que le pasaba. Necesitaba desahogarse con alguien, y el único que la escucharía sin interrumpirla y que tendría las palabras adecuadas preparadas era él.

- Ya ves. Y por cierto... – continuó, habladora como siempre, mientras se adcentaba uno de sus pétalos de un rojo cereza.

Yanira dejó de escucharla, asintiendo y murmurando ahá y ahhh cada cierto tiempo, intentando no molestarle por su desinterés.

Estaba pensando en despedirse e ir en busca de su viejo amigo cuando oyó un grito desesperado y desgarrador. Dirigió en esa dirección su mirada de un color insólito, ámbar acaramelado, lo llamaba su abuela. En realidad, era una mezcla de los colores del oro gastado y la luz del amanecer.

Bueno, exactamente el grito no era un grito, sino una mezcla del

sonido que se produce cuando se pisa un montón de hojarasca y el del viento atravesando cortante las ramas de un árbol viejo. Pero en ese idioma que sólo ella entendía, era un grito. Y era la voz de Salbof.

Sin pensárselo dos veces, salió corriendo hacia allí, con el corazón encogido ante un millón de posibilidades que se le pasaban por la cabeza, a cada cual más aterradora.

¿Qué le podría haber pasado? ¿Habría llegado un leñador y lo estaría talando? ¿O tal vez sus viejas raíces habrían perdido su fuerza y se estaría desmoronando contra el suelo? Últimamente lo veía cada vez más encorvado.

<< Por favor, >> pensaba, << qué esté bien, por favor, por favor...>> no sabía a quién suplicaba, pero fuese quién fuese, esperaba

que la escuchase y atendiese sus súplicas.

Al llegar, jadeante y temerosa, descubrió que su querido amigo no estaba. No era que lo hubiesen talado, ni nada por el estilo. No estaba.

En su lugar había un tosco árbol negro, con la mirada de un perro rabioso y afiladas garras de acero al final de sus ramas. Gritó mientras el árbol se inclinaba macabramente hacia ella y chasqueaba sus garras.

Eso fue lo último que vio antes de caer en un estado de somnolencia profundo. Su mente creó terribles pesadillas sobre bestias hambrientas y feroces, garras metálicas, gritos de terror y, sobre todo, fuego. Fuego por todas partes.

Despertó entre sudores y gritos, con el corazón latiendo enloquecidamente. Aterrada, intentó agitar los brazos pidiendo auxilio, pero no le respondieron. Abrió los ojos de par en par sin entender nada. Miró a su alrededor... sólo para ver que se encontraba atada a una gran pira. El calor era algo sofocante. Miró abajo y, lo que vio, no lo pudo olvidar jamás. Millones

de colmillos y garras, cientos de pares de ojos inyectados en sangre... Monstruos que jamás había imaginado rodeaban el montón de paja al pie de la pira. Vio la ansiedad psicópata en sus miradas, los movimientos impacientes de sus extrañas articulaciones retorcidas... todo pasó muy deprisa.

De repente, oyó gritos de júbilo semejantes a jadeos afónicos, y hubo una gran agitación entre las repugnantes bestias. Parecían reclamar muerte y destrucción con todo su ser.

La leve humareda por la que le escocían los ojos, se volvió negra en un segundo, a la vez que las llamas ascendían hacia ella a una velocidad vertiginosa. Las chispas se arremolinaban formando una incesante columna mortal en la que, en instantes, se vio envuelta. Las llamas se apoderaron de ella, quemándole el cuerpo, abrasándola con lenguas que parecían arrancadas del mismo Sol.

Yanira gritaba con todas sus fuerzas, pero bajo el crepitar del fuego y el sonido que proferían los seres que la rodeaban, su voz quedó ahogada.

Al final, desistió de gritar. Porque tal vez, sólo tal vez, esa era la liberación que ella necesitaba. Tal vez la muerte le concediera la paz que la había abandonado por completo hacía ocho años, y que nunca había tenido del todo.

En el momento en que la muerte le había abierto las puertas, invitándola a pasar y dejar atrás todo ese suplicio, pasó algo espectacular.

Un enorme agujero rojo, como el fuego que la consumía, se abrió en la bóveda celeste. Ella miró a su interior, a aquella masa en movimiento que palpitaba mientras giraba sobre sí misma, y que se hacía cada vez más grande. Le recordó las imágenes hipnotizantes que le habían hecho mirar cuando murieron sus padres, en la sala de tratamientos psicológicos.

Después, la succionó, eliminando el camino hacia la luz, hacia

la muerte.

De repente, la temperatura ascendió tanto que Yanira pensó que se desintegraría, porque aquel calor era mil veces más intenso que el del fuego que la había estado mordiendo con sus dientes calcinadores.

Y supo que moriría desintegrada, pero lo que no entendía era porqué no había ocurrido ya. El agua se evaporaba de su cuerpo a tal velocidad que podía ver ascender, de los poros dilatados de su piel, figuras de vapor que se enroscaban sobre sí mismas. En pleno delirio y a las puertas de la muerte por segunda vez en ese día, todo empezó a girar a su alrededor a tal velocidad que perdió la conciencia.

La tocaban. No veía nada, pero la tocaban, lo sabía. Lo percibía.

O tal vez no. ¿De verdad la estaban tocando? ¿O sólo era su imaginación? ¿O su miedo?

La imagen comenzaba a tomar forma. Estaba escondida en un lugar muy oscuro, y temblaba pensando en lo que ocurriría si la encontraban ellos.

En realidad, en una parte de su subconsciente sabía qué estaba ocurriendo, pero ella no lo sabía. No sabía nada, pero tenía miedo a algo o a alguien. Y sabía que tenía que esconderse hasta que sucediese algo, aunque no sabía qué era lo que tenía que suceder.

Estaba hecha un lío.

Abrió los ojos flotando en un agua rosada y dulce, que había curado sus quemaduras y aliviado su fiebre.

Intentó levantarse y, para su sorpresa, caminaba sobre esa agua con mucha más facilidad que por la tierra. Era como si su

cuerpo fuera tan ligero como una pluma y ágil como el de una gacela. Se sentía dichosa, feliz y relajada, como no había estado desde el nefasto suceso.

No encontraba nada malo en nada. El fallecimiento de sus padres... era como si lo hubiese asumido. Pero no era eso. No había ningún vacío en su interior, ningún malestar. Hasta su recuerdo lo veía difuminado.

Se le pusieron los pelos de punta. Estaba ocurriendo algo extraño. Demasiado. Pero... no podía ser malo, ¿verdad? Porque no le hacía daño, todo lo contrario. Le provocaba una sensación increíble. Estaba convencida.

Miró con detenimiento a su alrededor. No vio nada más que agua rosada y una extraña neblina que se cernía sobre esa especie de océano.

Un movimiento bajo sus pies atrajo su atención. Miró en esa dirección y vio cómo pasaban los peces más bonitos que había visto en su vida. Eran dorados y de cada una de sus escamas emanaba una luz tenue y bella. Sus ojos eran de un negro tan profundo como la noche y sus finas aletas estaban decoradas con miles de filigranas de plata. Se movían con tal elegancia que un cisne quedaba ridículo a su lado. Tenían la mirada inteligente y atractiva. Eran maravillosos.

Y entonces, el tiempo dejó de tener sentido para ella. Todo le parecía igual. No sabía si habían transcurrido minutos, horas o incluso días; cuando un llanto contenido la sacó de su pensamiento. Le extrañó mucho que alguien pudiera estar triste en aquel lugar.

Siguió el sonido. Anduvo lo que no supo cuánto fue, caminando sobre el líquido semitransparente teñido de aquel rosa suave que relajaba la vista. Vio pasar cientos de peces, todos igual de hermosos y gráciles, hasta que encontró el origen de la tristeza que le había llamado la atención: un muchacho tirado en el suelo

sollozando, con la cabeza entre las manos. Parecía destrozado.

Titubeó al principio, sin saber qué hacer. Ella nunca había tenido que consolar a nadie, ni tampoco había dejado que la consolaran. Se sentía indefensa cuando los demás sentían pena por ella. Pero a aquel chico no parecía importarle que le echaran una mano. Así que se acercó a él con pasos indecisos.

Le observó la espalda, claramente masculina, con la camiseta pegada a la piel por la humedad. Se preguntó cómo habría acabado allí otra persona. ¿Habría pasado también por el agujero del cielo? No lo había visto en el claro, pero había estado tan confundida, tan asustada, que era muy posible que lo hubiese pasado por alto. Mientras había estado en la pira sólo había podido prestar atención a esas criaturas terroríficas y al fuego que la rodeaba. Al recordar a los monstruos, sintió una punzada de miedo. ¿Seguirían en el claro? ¿Estarían aterrorizando a alguien en ese momento? ¿Qué habría sido de Salbof? No lo sabía. Ni siquiera sabía dónde estaba ella.

¿O podía ser que aquello fuese el cielo? ¿Ambos acaban de morir y eso era una especie de recepción? No lo sabía, pero tenía la sensación de que muy pronto obtendría las respuestas que necesitaba, así que dejó de darlo vueltas.

Le tocó el hombro con la mano temblorosa. Si al principio pensó que era un muchacho humano, en cuando él se dio la vuelta y la miró, tuvo la certeza de que no era así.

Sus ojos, más grandes de lo habitual, carecían de iris y parte blanca. La pupila, negro azabache, lo ocupaba todo. Una línea oscura le salía del rabillo del ojo y avanzaba un centímetro. No parecía maquillaje. Aunque no quiso admitirlo ni para sus adentros, sus ojos oscuros la capturaron desde el primer momento.

Por lo demás parecía normal. Era moreno y alto, con el pelo revuelto de forma descuidada y complexión fibrosa. Era

terriblemente atractivo. Llevaba ropa algo desgastada y un cinturón del que colgaban numerosos saquillos de tela.

Yanira sintió algo que jamás había sentido. Aquel muchacho tiraba de ella como un poderoso imán, y su cuerpo avanzó inconscientemente hacia él, con un deseo inesperado, sin hacer caso a su mente, que pedía a gritos que se detuviera. Le decía que no lo conocía, que aquello era un error, que fuese discreta. Ninguna de las dos partes venció. No retrocedió, pero tampoco continuó andando. Estaba sorprendida. Algo de su instinto femenino le dijo que eso era atracción, química. Nunca hasta ese momento le había pasado nada parecido. Sacudió la cabeza, intentando pensar en otra cosa:

- ¿Qué te ocurre? ¿E-estás bien? – tenía un nudo absurdo en la garganta.

El chico, que hasta ese momento no la había mirado de verdad, lo hizo directamente a sus ojos. Apretó la mandíbula en un intento de contener aquella sensación que acrecentaba mientras él le clavaba la mirada, antes de volver a desviarla.

- Por favor... responde – él la miró de nuevo, pero no dijo nada. – Contesta... me estás poniendo nerviosa... habla.

Él agarró un colgante que llevaba al cuello y, para sorpresa de ella, lo partió en dos y le entregó la mitad.

- Ahora ya podemos entendernos.

- ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Qué es eso?

- Esto es un colgante comunicador. Sirve para que personas de distintas lenguas puedan entenderse sin necesidad de aprender el idioma del otro – explicó pacientemente.- Me llamo Brían.

- Ah! Pues funciona – era lo único que se le ocurrió decir. Fatalidad penosa. – Me llamo Yanira.

- Que nombre tan bonito. En mi lengua significa *Belleza inhóspita*.

Ella se quedó helada durante unos instantes. No podía ser cierto...

Pe-pero... ¡eso es en el idioma besder!

Es que esa es mi lengua. Del mundo Besd, el de la vegetación.

- No, es la mía.

Él pareció desconcertado.

- Pero si tú antes has hablado terrícola.

- Es el que suelo utilizar cuando no estoy hablando con las plantas, se revolió incómoda. Eso había sido siempre su secreto. Le parecía extraño y le resultaba incómodo hablar de ello con alguien humano... o algo parecido. Sentía como si ese idioma hubiese sido desde siempre algo íntimo.

Intentó eludir el tema. – Esto... no quiero parecer cotilla, ni nada por el estilo, pero... ¿por qué llorabas? Vamos, sí es que se puede saber, si no pasa nada – intentó rectificar, poniéndose colorada en cuestión de un par de segundos.

- ¿Es que nadie lo comprende? – casi gritó. Parecía exasperado, como si le hubiese explicado algo ya veinte veces. La joven se sintió cohibida. ¿Qué había hecho mal esta vez? - Esta agua, estos peces, esta niebla... ¡todo este maldito lugar está embrujado! Es completamente engañoso.

- ¿Qué? – era la respuesta más rara que podría haberle dado.

<< Pobre chico... >> pensó. << Ha perdido el juicio. ¿Llevará mucho tiempo aquí? Quizá esto sea algo así como un loquero. Después de todo, yo tampoco estoy muy bien que digamos. Aún así, es un sitio muy extraño. Jamás había oído hablar de nada semejante. Puede incluso que todo esto sea una alucinación, los monstruos, el fuego, el agujero... que todo sea un producto de mi imaginación. Que yo esté internada en una clínica ahora mismo y mi abuela esté histérica, con los regalos todavía encima de

la mesa del salón. >> Era un pensamiento horrible, pero quería contemplar todas las posibilidades. Aún así, no podía resistirlo, por lo que lo apartó de su mente.

El chico moreno -Brían, recordó- la miró durante unos segundos en silencio antes de contestar:

- Estás en el mundo de los sueños. La niebla te sume en un profundo letargo hasta que caes dormido. Entonces estás perdido. No puedes despertar hasta que el agua consiga rozar tu piel... y comienza la transformación. Pasas de ser un humano, un besderino, un enano... ¡seas lo que seas! a ser un pez. Tu cuerpo cambia en cuestión de unas pocas horas y tú tienes que contemplar impotente cómo te cubres de escamas, se te reduce el cuerpo, te salen branquias... y pierdes lentamente los recuerdos. Eso es lo peor. Este lugar se alimenta de recuerdos hasta que tu mente se queda vacía. No hay vuelta atrás. Mi madre, mi hermano, mi mejor amigo... ¡Todos han completado ya la maldita transformación! – la voz se le quebró en la última frase.

A Yanira, poco a poco, le fue desapareciendo esa felicidad falsa que pretendía conducirla a la perdición, dejándole pensar con claridad.

- Además – Brían había recuperado la voz.- me cuesta cada vez más mantener los ojos abiertos. Me está llegando la hora. Si no encuentro un Portal que me saque de aquí...
- Hasta ahora no le había dado importancia, pero es verdad que me encuentro relajada. Demasiado. – se quedó pensativa un rato. Así que, después de todo iba a morir, por lo menos ella, Yanira. Pues si se olvidaba de todo, aunque su cuerpo se mantuviera vivo, no sería ella, y sería igual que si hubiera muerto. - ¿Qué es un Portal?
- ¿No sabes lo que es...? – ella negó con la cabeza. – Es la única manera de pasar de un mundo a otro. Antes eran

seguros pero, desde que el Guardián desapareció, son inconstantes e imprevisibles. Nunca se sabe cuándo y dónde van a aparecer, ni adonde vas a ir a parar.

- Entonces... ¿yo he llegado aquí a través de uno de esos portales? ¿Ese túnel de fuego lo es? – él asintió. - ¿No se sabe dónde está ese...? – se interrumpió pensativa. - ¿Cómo lo has llamado? ¿Ese Guardián?
 - Ya te he dicho que ha desaparecido.
- Se sintió como una estúpida. Se sonrojó y desvió la mirada.
- Sí, claro..., tienes razón. Entonces, ¿qué hacemos?
 - Esperar y rezar a los Dioses que nos salven. No podemos hacer nada más.
 - Ya... - ¿Rezar? Ella no había rezado nunca y tampoco tenía pensado empezar ahora. Si de verdad había algo superior, y quería creer que sí, esperaba que pudiese ayudarles sin necesidad de ponerse de rodillas.

Él se sentó sin decir nada más. Indecisa, siguió su ejemplo y se acomodó a poca distancia de él, buscando algún tema de conversación común para pasar el rato. Que recordase, era la primera vez que intentaba empezar una conversación en años, al menos con una persona. Se sorprendió a sí misma de lo rápido que lo consiguió.

Poco después, estaban sumergidos en una conversación que cambiaba a cada rato de cauce, pasando por todo tipo de temas. Pasaron varias horas agradables, en las que Yanira no podía dejar de contemplar su rostro. Era hermoso, de un moreno perfecto y una sonrisa arrebatadora. Pensó que nunca había visto alguien tan guapo.

Llegó un momento en que las palabras eran cada vez más lentas, más pesadas.

- Brian – susurró, casi sin fuerzas – No puedo más. Quiero dormir.

- No lo hagas. No te rindas. Si te duermes, no despertarás nunca; al menos no serás tú la que abrirá los ojos.
- La invadió el pánico ante estas palabras.
- ¡No me dejes! Háblame, obligame a hablar si es necesario, pero por favor... no dejes que me vaya.
- Tranquila. Vas a resistir. Ya lo verás.
- Lo intento... – murmuró mientras se levantaba para despejarse, pestañeando con fuerza.
- Lo estás haciendo muy bien.
- Gracias.
- ¿Y cuáles son tus hobbies? – preguntó, intentando distraerla.
- Pues... me gusta leer... y también... – sintió que el agotamiento ahondaba en ella. Impotente, abrió los ojos todo lo que pudo.
- Sigue. Te gusta leer, ¿y qué más?
- M-me... me gusta...
- ¿Sí?

No pudo contestar. Las fuerzas le fallaron y perdió el equilibrio. Él la recogió antes de que llegase al suelo acuoso. Inconscientemente, ella se aferró a su torso. Se avergonzó de sí misma al hacerlo, no lo conocía. Pero estaba tan cansada que no le importaba y apoyó la cabeza en su pecho.

- Yanira, aguanta.

Ella profirió un sonido débil de asentimiento.

De repente, el chico gritó. Las temperaturas bajaron bruscamente y todo comenzó a dar vueltas. Los oídos le pitaban y la cabeza parecía estar a punto de explotarle. Antes de quedar abandonada en la inconsciencia sintió algo cálido que la rodeaba y un latido: pum-pum.

Después todo quedó oscuro.

La imagen empezaba a aclararse poco a poco.

No sabía cómo, parecía que un diminuto Sol estuviese emergiendo del interior de su oscuro escondite. Y por el momento, un único rayo tímido iluminaba tenuemente la escena. Pero no lo entendía. Porque sólo estaba ella, ella y sólo ella. No había absolutamente nada más.

No se sentía exactamente sola. Más bien, como si estuviese esperando a alguien con el que hubiese quedado y se estuviese retrasando.

Cuando abrió los ojos estaba entre los brazos de Brían, tapada con una gruesa manta, frente a una hoguera que chisporroteaba cálidamente. No pudo evitar sonreír para sí, y que el ritmo de sus latidos se alocara inesperadamente. Dedujo que estaban en una cueva.

Nadie pareció reparar en que había despertado.

- Hemos atravesado un Portal accidentalmente y hemos venido a parar aquí de igual manera. Me has dicho que nos encontramos en Lefglaciallam. ¿En que galaxia estamos?
– era la voz del muchacho.
- En la Vía Lupelium – esta vez se trataba de una voz grave de hombre, con un leve tono paternal.
- ¡Por la Gran Diosa! Estamos lejísimos, tanto de mi mundo, en la galaxia Winster, como del de ella, en la Vía Láctea.

Un estornudo la delató y la conversación se interrumpió. Allí hacía un frío increíble a pesar de la manta, el fuego y del contacto con el muchacho -que era lo que más notaba, ya que hacía que una electricidad interna recorriera cada una de sus células.

- Yanira, ¿qué tal te encuentras?
- Bien... creo. ¿Cuánto tiempo llevo...?
- Un día. Temí que no te despertaras – la extraña sensación

volvió a abatirlo. – Quizá fue una tontería. No ha sido tanto tiempo y esto a veces pasa el primer día que se viaja, sobre todo si es así, de sorpresa. Pero de todos modos me has hecho pasar un mal rato.

Ella se sintió culpable y lo miró a los ojos avergonzada. Respiró aliviada cuando vio en ellos chispas de humor.

- Oye, según os he oído estamos en un tal Lifcullaten o

Lefglotillompi, o algo así.

- Lefglaciallam, el mundo congelado.

- Creo que eso lo he notado, no ser porqué – le sonrió con picardía y acto seguido volvió a estornudar.

Brían la abrazó con más firmeza, intentando hacerle entrar en calor. Sin embargo le pareció que vacilaba ante su contacto.

Le explicó que era un mundo muy apartado y aislado de los demás, donde siempre hacía temperaturas glaciales y hielo por todas partes. Algo así como el Polo Norte en versión gigante. También le dijo que ellos habían tenido suerte, porque habían llegado en la estación más calurosa.

Le entró la risa nerviosa al oír aquello. El cuerpo le temblaba sin

pausa y los estornudos intermitentes le hacían estar avergonzada de sí misma. Los otros dos no sufrían ninguno de esos síntomas. Parecían a gusto.

Lo del hombre lo entendía, porque no era un hombre. Era un hombre-morsa. Tenía cola de morsa de cintura para abajo y era un hombre rechoncho y amable de cintura para arriba. Una nariz grande y enrojecida le daba un aspecto simpaticón y sus ojos eran oscuros y bastante pequeños. Tenía un abrigo grueso algo apretado que le llegaba hasta la cadera. Su parte de morsa no necesitaba ningún abrigo. Estaba siempre sonriente y respondía a todas sus preguntas con paciencia, casi con interés. Se llamaba Pacho.

- Me parece que el Día del Rahán no te gustaría nada, chica.
Es el día más frío del año. Prácticamente lo paso mal hasta yo, que tengo que estar el día encerrado en una cueva profunda junto a una gran hoguera para no congelarme – calló unos instantes, dejando que la idea calara en su interior. - Voy a buscarte otra manta.

Y se fue. La chica aprovechó para preguntar sobre él.

- Es un serv – le contestó. Ante la confusión de ella, añadió
– Un hombre-morsa.

Justo lo que había supuesto. Empezaba a pensar que todo aquello era menos difícil de comprender de lo que parecía.

Quedó en silencio, pensando en todo lo que había escuchado últimamente.

Al parecer, había millones de mundos con vida inteligente que se comunicaban entre sí por una extensa red de Portales, y que la Tierra era el único planeta que desconocía todo esto. Trató de imaginar cómo sería la vida si supieran esto desde hace miles de años.

La llegada del serv interrumpió el hilo de sus pensamientos. Llevaba dos gruesas mantas y una bandeja con tres cuencos tan grandes como cubos.

- Tomad. Siento no tener platos adaptados a vuestro tamaño.
Tienen sopa de quichi.

- ¿Y eso qué es?

- Pescado. Sólo lo hay en estos mares – parecía orgulloso.

Al empezar a comer se hizo el silencio. Sólo se oía el rumor del viento y el tintineo de las cucharas contra las paredes de los cuencos.

La joven estaba hambrienta, tras no sabía cuántos días sin probar bocado. La calidez del puchero la reconfortó. Pero, a pesar de todo, no pudo ni con la mitad del contenido. Se sintió reventar y cuando se llevó la mano al cuello, un movimiento

involuntario que hacía siempre que estaba llena, reparó en que no tenía el colgante que le había prestado Brían. No podía haberlo perdido.

Se lo dijo con un susurro atragantado. No creía que algo así se encontrara en cualquier tienda de la esquina.

- No te preocupes. Se lo dejé a Pacho mientras buscábamos un idioma que sepamos hablar los dos.
- Ya... ¿Eh? Espera, esto no tiene sentido. Yo también os entiendo. A los dos.
- ¿Qué? ¡Es verdad! No había reparado en ello. Es normal que sepas lo que yo digo, porque tú hablas besder. ¿También sabes servano?
- ¿Eh? No, ni siquiera sabía que existiera algo así.
- Esto es muy raro...

Sus deducciones no consiguieron avanzar más, por lo cual cambiaron de tema.

Fue una velada en la que contaron muchas cosas. Casi siempre hablaban Pacho o Brían y ella escuchaba recostada en las rodillas de Brían.

Lo que le pareció más importante fue lo que contaron sobre un villano que se hacía llamar el Heredero de Ghor - le explicaron que Ghor era el dios universal de la guerra -. Aunque la mayoría de la gente le llamaba el Traidor, pues en un pasado había sido un defensor de la justicia.

Era rey de un mundo llamado Libán y lo gobernaba con tiranía y crueldad. Subió al trono por medio de la fuerza y la magia negra. Hacía que todo el mundo cumpliera sus órdenes por medio del miedo, sembrando el terror en su reino. Cualquier persona, niño o adulto, que le desobedeciera, era sometido a las más terribles torturas. Una de sus favoritas era matar a algún ser querido del rebelde y encerrarlo con el cadáver en una mazmorra. No le daba comida jamás, y cuando el preso la pedía

suplicante, los soldados contestaban: tienes comida ahí dentro. No solían tardar mucho en darse cuenta de que hablaban. Era o morir de hambre o alimentarse del cuerpo muerto de su persona especial. Muchos elegían el camino de la muerte. Otros se rendían y cometían canibalismo. Ninguno acababa bien. Los primeros morían y los segundos, al tiempo, también, pues se volvían completamente locos y el rey no tolera locos en su reino

- ¡Ese hombre es un monstruo! – estaba horrorizada.

- Sí, lo es. Su mayor pasatiempo es aterrorizar a los niños y después asesinarlos él mismo. Los encarga como si fueran artículos por catálogo. Ordena a sus vasallos que busquen uno de la edad y sexo que él quiere y lo traigan ante él. Los encierra en la sala del trono y ahí... ya hace lo que le da la gana.

- E-es terrible. No me gustaría caer en sus garras – hablaba más para sí que para ellos.

Se imaginó encerrada en un oscuro y diminuto calabozo subterráneo.

Estaba sujeta con cadenas a la pared, obligada a ver día y noche el cuerpo inerte de alguien. Tenía el rostro cubierto por una tela negra.

¿Quién era? Sólo sabía que quería con locura a esa persona, que se sentía morir.

Se oía una risa maquiavélica de fondo, seca y fría.

Ella le gritaba llorando que se callase, pero las carcajadas no cesaban, cada vez se oían más altas.

Intentaba estirar las manos hacia esa persona que lo era todo para ella, pero las cadenas no la dejaban avanzar ni un centímetro. Chillaba desesperada, con la vista nublada por las lágrimas y los sentidos aturdidos por semanas de ayuno, colgada de una pared con vistas a ese alguien. Tenía todos

los huesos entumecidos y el cuerpo muy debilitado, pero no le importaba. Sólo quería acercarse en un deseo imparable de abrazar, una última vez, al cuerpo en el que antes habitaba un alma excepcional.

Los gritos y sollozos convulsos le desgarraban la garganta. Quería decir una vez más el nombre de su ser querido, pero no lo recordaba. ¿QUIÉN ERA? No se acordaba, no lo sabía. Pero estaba enferma de un amor roto por el asesino, que se reía sin cesar.

Se abrió la verja y entró alguien. Se doblaba a causa de las carcajadas. Allí estaba. Lo mataría. Se intentó lanzar sobre él, pero las cadenas la volvieron a retener, clavándose más en su carne e irritando su piel.

Entonces, ese al que tanto odiaba, pero del que tampoco sabía su nombre, estiró la mano y retiró la tela. Se le escapó todo el aire de los pulmones. Ese rostro era de...

Se despertó con una fuerte opresión en el pecho. Sus ojos estaban anegados en lágrimas sin ninguna razón. No recordaba qué había soñado. Poco a poco fue acordándose de algunas cosas. La impotencia, la debilidad, la risa espeluznante y la horrible certeza de que había perdido a alguien muy querido.

¿Quién era? Ella no conocía a nadie que le hiciera sentir así, es más, no quería prácticamente a nadie. Lo más parecido a un ser querido era su abuela, que la había cuidado, o el recuerdo vago de sus padres, que había enterrado con sumo cuidado en el fondo de su corazón. Pero ni por asomo lo que sentía era tan fuerte.

Desde la muerte de sus padres no había intentado querer a nadie, como si temiera que cuando lo empezase a amar también se marchase. Siempre había estado sumida en una melancolía que la dejaba ciega para el mundo que la rodeaba. Hasta hacía

un día.

Pasaban los días. Las miradas de soslayo entre los dos jóvenes eran cada vez más frecuentes, casi sin que se dieran cuenta. Amenudo se daban encontronazos a propósito a menudo, y el corazón no tardó en latirles a mil por hora cada vez que sus cuerpos se rozaban. Una atracción se había instalado en sus corazones y crecía con el trascurso de los días. Había un brillo especial en sus miradas cuando estaban juntos y, de forma inconsciente, sus manos solían entrelazarse, hasta que reparaban en ello y las separaban azorados.

Yanira tenía la sensación de que él era eso que le había faltado durante tanto tiempo, aquél al que quería brindar su afecto y volcar sus confusas emociones. Aquel vacío que nunca había podido llenar y le había hecho tanto daño. Le faltaba algo o más bien alguien. Ese alguien era él, aunque le avergonzase tan sólo pensarlo, y sabía que jamás tendría el valor para confesarlo.

A la vez se sentía inferior a él, porque era terrícola, la única especie que no estaba sobre aviso de la red interuniversal.

Él sabía mucho más que ella: de medicina básica, de supervivencia, de decisiones, de los mundos en general, de geografía universal, de cultura, de magia... incluso hablaba el idioma que ella había considerado tan suyo.

Era guapo, inteligente, ágil, cálido, agradable... En cambio, ella, ¿qué tenía de especial? Nada.

Se preguntó si en Besd tendría novia y sintió una punzada de celos que la atenazó las siguientes horas. A sus amigos les extrañó mucho su comportamiento mohíno, pero no averiguaron qué le pasaba por la cabeza. Y ella tampoco pensaba decírselo, sería demasiado comprometedor.

El tiempo seguía su curso como un río sigue su cauce. Los días solían transcurrir parecidos unos a otros, fríos, tranquilos. Y, a la vez, emocionantes para los dos jóvenes, que no hacía mucho

habían comenzado un juego de dos, un juego secreto que se llevaba practicando miles de generaciones.

